

Mártires de Olot: ¡¡PRESENTE!!

Presentes en nuestro afán

«Decíamos ayer...»

Pero es un buen tanto difícil reanudar ahora nuestra tarea pública periodística al modo famoso de Fr. Luis de León sus clases. Es tan vasto el panorama de horrores que se extiende entre el ayer y hoy!... Tan enorme y colosal el charco de sangre y lágrimas que los separa!... El montón de ruinas que se levanta entre ellos tan ingente y horripilante!...

Sin embargo, para tejer con estas cuartillas la corona de mi homenaje de admiración y cariño a aquellos compatriotas vilmente asesinados por las hordas rojo-separatistas, ¿cómo prescindir de las cuitas pretéritas vividas con la mayoría de ellos en nuestra lucha íntegra, constante y entusiasta en defensa del Sagrado Ideal?

Porque era con ellos que decíamos ayer, en nuestros años mozos y con nuestros arrestos juveniles, al bendecir el banderín del Requeté de Olot, que era en aquel puñado de muchachos en quien debía cifrar su esperanza la Madre Patria; que más tarde al celebrar todos los años, en la semi-clandestinidad, la Fiesta de los Mártires de la Tradición, decíamos que la sangre de éstos daría sus frutos en tiempos venideros; que al sembrarse en la comarca olotense la semilla disgregante del separatismo suicida, juntos en apretado haz en torno a la figura representativa del Tradicionalismo en nuestra ciudad, decíamos en la prensa y en el mítin, denunciándolo gallardemente, que se trataba de algo sencillamente monstruoso por su carácter aconfesional y antihispano; que, en fin, al presentir el cataclismo a que hijos espúreos de España precipitaban a la Nación, decíamos que nosotros íbamos a morir en holocausto a Dios y la Patria, pero que ello no obstante ni la Patria ni Dios, supremos ideales nuestros, saldrían cercenados de la terrible refriega, sino que, muy al contrario, el Imperio de Dios, que por ser de Él es imperio de amor, de paz y santa hermandad, se afirmaría en España.

Y así es como hoy...

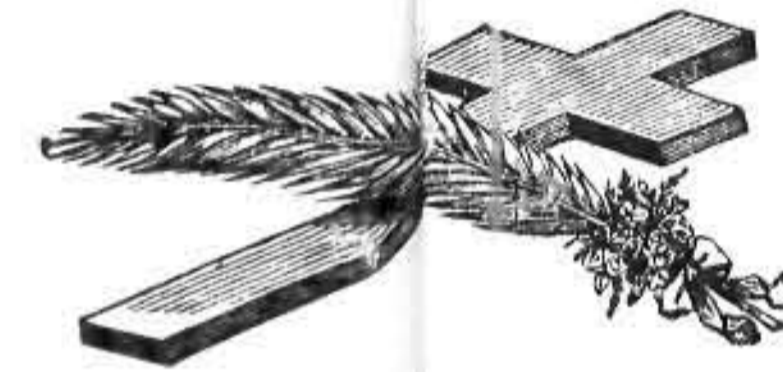
Bastante tiempo después de perpetrados los incalificables asesinatos de Olot, llegaron a mi conocimiento en el sangriento exilio de la ribera del Ebro. Su noticia comunicada *sotto voce* nos hirió en lo más profundo del alma cual dardo candente. El escalofrío propio de aquellas lúgubres jornadas invadió todo el ser, mientras una llamarada de indignación subida desde lo más recóndito del sacrario de mi espíritu hizo bullir el cerebro. ¡Canallas! ¡Criminales! ¡Cobardes!!! Mas del corazón fluyó a los labios la oración fúnebre, musitada de insólita guisa, pues con los sagrados vocablos confundíanse aquellos apellidos memorables: Puig Pagés, Castañer, Deu, Bolós, Llongarriu, Sellas, Cuní, Arqués, Plana, Serra...

La predicción no había fallado. «Nosotros caeremos...»

Indudablemente; ellos eran los olotenses escogidos por Dios en la dura prueba. Qué honor más grande el suyo! Su nombre quedaba esculpido desde entonces con hilos sanguinolentos al martirologio de la Santa Cruzada! Su alma unida allá, sobre los luceros, con la de los Mártires de la Tradición del pasado siglo y a de cuantos, impasible el ademán, hacen la guardia simbólicamente montada en las Alturas por el Glorioso Movimiento Nacional!

En cambio, quienes no caímos...

De aquí que en aquel mi periódico que, con el título de «El Criterio» publicaba en pleno



Rogad a Dios en caridad por el eterno descanso de las almas de

Ramón Llongarriu Catalá, Ramón Deu Pinós, Rdo. Joaquín Deu Pinós, Matías Castañer Fajula, José Castañer Fajula, Juan Plana Moreu, José M.ª Plana Moreu, Pío Torrent Orri, Rdo. Joaquín Bonet Batlle, Joaquín Monturiol Sanz, José Darnés Bartrolí, José M.ª de Bolós Llanera, Rdo. José Piernau Hospital, Manuel Serra Legares, Juan Romero Alcaráz, Manuel Sellas Cardelús, Rdo. Juan Codina Ilaguera, Sebastian María Ferrer, Jesús Miguel Girbal, Fraile Capuchino, José Puig Pagés, Ramón Arqués Masoliver, Rdo. Enrique Canadell, Rdo. Félix Farró Vilanova, José Conill Vilaró, Rdo. Juan Simon Masoliver, José Guitart Buch, Rdo. Martín Mir, Victoriano Díaz Gutiérrez, fraile capuchino, Juan Plana Surribas, Rdo. Francisco Mollfuleda, Mario Boada y Ramón Batlle Figueras,

que ofrecieron su vida como mártires a Dios y a la Patria, durante la dominación roja cayendo vil y cobardemente asesinados por las hordas marxistas, en esta demarcación.

Olot, Abril de 1939.

Año de la Victoria

Se encarece a todos, los tengais presentes en vuestras oraciones.

Perpetuar la memoria de los héroes, alentar con su ejemplo a los cautivos y divulgar la manera que a mi entender entonces, hoy y neo de mi homenaje a los mártires de Olot de a Dios y merecer bien de la Patria. Esto siempre debemos tributárselo a todos para agiles de superación religiosa y patriótica, de es: teniéndolos presentes en nuestro afán, que grandeza y de justicia.

MIGUEL JUANOLA BENET

Santa Pau, 8-IV-1939. Año de la Victoria.

Remembranza

Amanecía el primero de Noviembre de 1936, festividad de Todos los Santos cuando llegó a mi la noticia de que en el campo conocido por el Triay, habían sido cobardemente asesinados por unos valientes carentes de valor, todos los presos que se hallaban en la cárcel de esta ciudad, dignísimos ciudadanos todos ellos que habían sido encarcelados por el solo delito de ser religiosos, fabricantes o personas de tendencia derechista.

Recuerdo que tal monstruosidad me produjo una ola de tristeza e indignación a la vez, como pocas he experimentado en mi vida.

Los *incontrolados* a las ordenes del control de sus dirigentes habían consumado la azaña.

Armados con mausers, pistolas, cuchillos y garrotes, *liquidaron* como decían ellos irónicamente en su lenguaje milicianesco, a unos hombres indefensos, limpios de toda culpa.

Faltos de valor para dar el pecho en las trincheras frente a sus enemigos, saciaban su instinto feroz, como hienas hambrientas con la sangre de sus víctimas, ignorando, pobres infelices, que aquella sangre caliente que salía a borbotones de las heridas de sus carnes desgarradas, filtrábase en la tierra que la recibía amorosa, regando la semilla que más tarde tenía que fructificar, dando a España millares y millares de hombres que darían su vida para vengar la muerte de víctimas inocentes.

Y así fué.

La España grande simbolizada en el emblema de los colores rojo y gualda, si pródiga ha sido en héroes, no menos lo ha sido en mártires y entre ellos contamos desde entonces a muchos amigos que murieron por Dios y por la Patria en el fatídico campo del Triay.

Delante sus despojos de hombres caídos por la causa, cuadrados militarmente, con el brazo en alto, entonemos el himno cara al sol.

Para sus almas de mártires nada ficticio, pues a los mártires no se les homenajea, se los venera. Rodilla en tierra y henchido el corazón tengamos para ellos una oración... incluyendo también en ella a sus propios asesinos, pues debemos recordar siempre, que ante todo somos cristianos.

RAMÓN CARRERAS

Olot, 5 de Abril 1939. - Año de la Victoria.